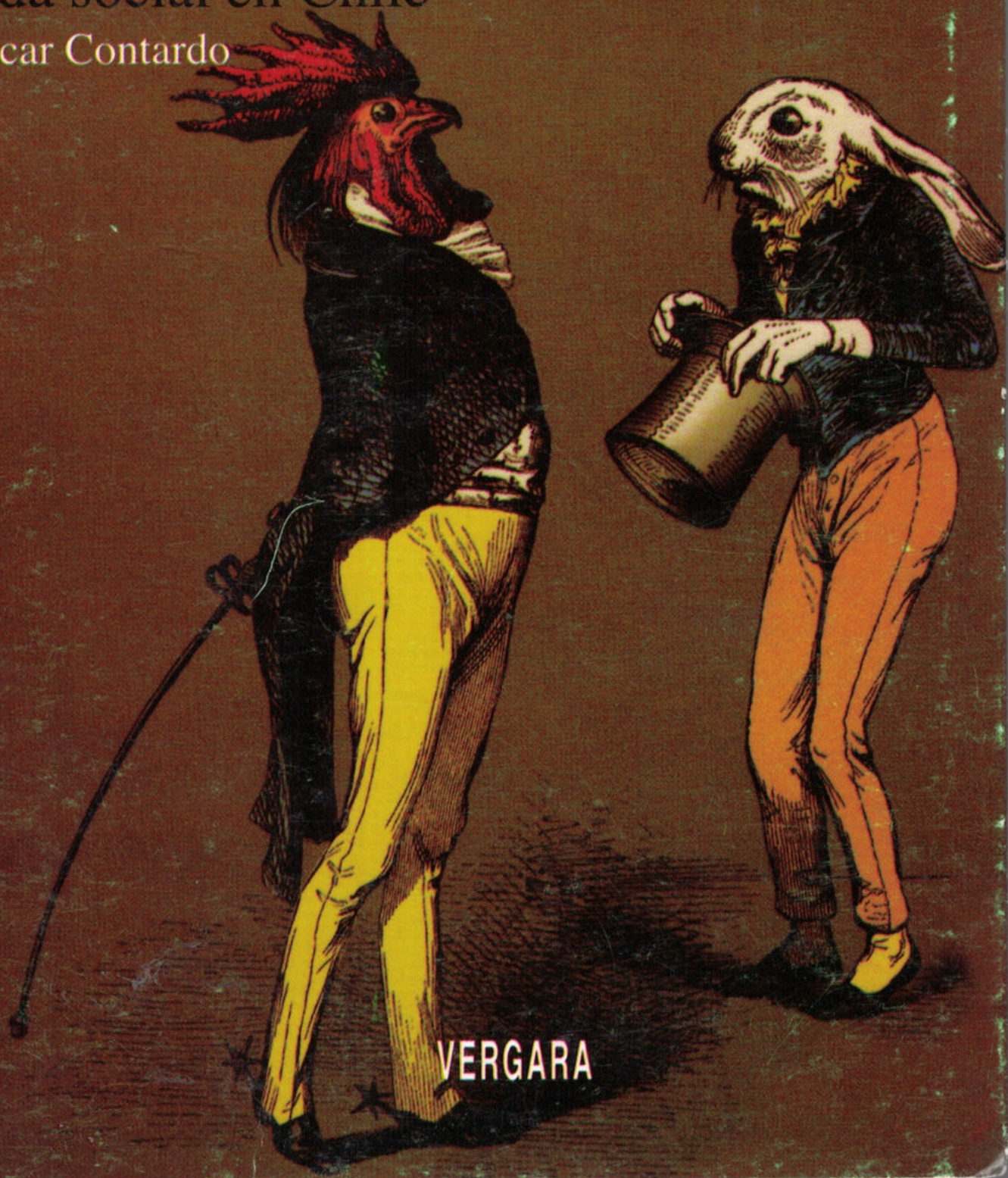


Siéntico

Arribismo, abajismo y
vida social en Chile

Óscar Contardo



VERGARA



Gabriela Precht

Óscar Contardo es periodista de la Universidad de Chile y se ha especializado en temas de cultura y sociedad. Junto a Macarena García escribió

(Santiago, Ediciones B, 2005), una crónica de la cultura popular y en el Chile de los ochenta que tuvo una excelente recepción del público y la crítica. Trabaja en el diario y ha publicado varios reportajes en la revista

Los libros (Caracas, FNPI, 2006),

(Santiago, Facultad de Comunicaciones UC, 2007) y

(México DF, Random House, en prensa) incluyen trabajos suyos.

Siéntico

Arribismo, abajismo y
vida social en Chile

Óscar Contardo



Barcelona • Bogotá • Buenos Aires • Caracas • Madrid • México D.F. • Montevideo • Quito • Santiago de Chile

CONTENIDO

I. Extraños en el salón.....	17
II. Buena presencia	55
El oscuro destino de los oscuros.....	60
Se siente rubio	66
Papá tenía los ojitos claros.....	78
Caniuqueo, el mapuche blanco.....	88
Selección de personal.....	91
III. Elefantes de loza	105
Homo siútico	111
¿Quiénes son los Arozamena?.....	119
Una hectárea de estatus.....	131
Del Mediterráneo a los Andes.....	137
A la orilla de la acequia	143
IV. Corte regular varón	147
Acaballerados.....	154
Buenas compañías	165
<i>Très chic</i>	170
La guardia blanca	174
El talento del marqués de Cuevas.....	177
V. Buen provecho.....	195
Arribar en tiempos de Guerra Fría	206
Zapato blanco, taco aguja	213
«Mire, mijita».....	222
Pañitos bordados, tejido crochet	229
VI. Siutiquería y piedad.....	237
El fin de la discusión.....	245

De la manda a la misa.....	247
Ya no basta con rezar.....	254
La masificación y el neosiútico.....	259
 VII. La Piojera (firmes junto al pueblo).....	265
Arriendo señora bien para matrimonio picante.....	268
Gente de mundo	272
<i>Shiny happy people</i> : tipología del cuico	277
Turismo de clase	288
La Piojera vip.....	295
 Agradecimientos	303
Referencias.....	305

los inmigrantes con fortuna, que se vieron rechazados en cuanto trataron de hacerse un lugar en los círculos del poder. Esta resistencia al ascenso del advenedizo tendrá distintos matices e intensidades. Alessandri Palma y Eliodoro Yáñez representan dos experiencias exitosas de meritócratas acogidos en el seno de la aristocracia local, ambos por la vía del apadrinamiento de miembros de la elite, la familia Lazcano y la familia Claro. Luego la cooptación de talentos seleccionados ha sido una constante. Se trata de elementos escogidos, siempre varones, que pasan a formar parte generalmente a través del matrimonio y que son un síntoma, para historiadores como Alfredo Jocelyn-Holt y Sofía Correa, de la habilidad para la supervivencia de la elite chilena tradicional.

Pero también son numerosos los ejemplos de ascensos más escarpados.

Del Mediterráneo a los Andes

En contraste con los casos de Argentina, Uruguay o Brasil, la inmigración europea en Chile en el siglo XIX fue escasa y focalizada. La calidez de la acogida al recién llegado dependería en gran medida de su país de origen, variando en grados desde una entusiasta bienvenida al europeo del norte, británico de preferencia («A la gente le encanta que sean de otro país, que sean ingleses y que sean europeos», reflexiona el editor Carlos Ossa), con un declive en el entusiasmo en la medida en que el punto de emigración se acercara al Mediterráneo, encendiéndose luces de alerta cuando se trataba de alguna orilla imprevista del legendario mar interior.

Una de esas orillas indeseadas era la de Oriente Medio. Algunos de los inmigrantes árabes que llegaron antes del derrumbe del imperio otomano demoraron una generación en hacer la fortuna suficiente para sentir la necesidad de acercarse a los círculos de poder, ya no solamente en el ámbito de los negocios, sino en el de la vida social. Y cuando tuvieron el dinero, vieron que era necesario más que eso. Las dificultades de los millonarios

de origen árabe para ser aceptados en la elite dirigente ilustran la incomodidad que suscitaba el nuevo rico.

Dice la historiadora Valeria Maino:

Nunca hubo siúticos ingleses, alemanes o franceses. Los siúticos de los años treinta, cuarenta, cincuenta y sesenta eran fundamentalmente españoles y árabes. Porque ellos eran muy distintos..., con mucho brillo. Todas esas casas con sillones capitoné, con vuelos dorados..., siempre eso se vio como de muy mal gusto. Esos autos enormes, Oldsmobile, eran típicos de árabe. Había un problema de gusto porque todo medio tiene su norma para vestirse, para hablar, y esta gente, bueno, los padres eran árabes y no importaba, los hijos fueron a buenos colegios pero les faltaba; solo los nietos efectivamente se refinaron.

Marcar distancia frente al dinero nuevo no siempre era un ejercicio sutil. «Cuando mi padre, José Rafael Echeverría Larraín, era director del Club de la Unión, los Yarur quisieron entrar pero el resto del directorio se opuso. Recuerdo a mi padre muy irritado, porque rechazar a los Yarur era rechazar a la gente que había puesto en marcha una gran industria, y que había hecho grandes aportes al país», afirma Mónica Echeverría. El mito dice que los miembros del directorio escribieron insultos en la solicitud de Yarur, para dejarle en claro al postulante que sus deseos de pertenecer al club eran por sí mismos una insolencia.

No fue el único caso. Carlos Ossa añade el de una mujer de origen árabe y considerable riqueza, a cuyo primer marido, de familia tradicional, se le negó el ingreso al Club de Golf presumiblemente por estar casado con ella. A estos episodios habría que agregar el rechazo que sufrió el empresario judío Milan Platovsky, según se lee en su autobiografía:

Corrían los 60 cuando comencé a tomar clases de golf con profesores del Sport Français. Éramos cinco novatos que nos iniciábamos juntos. El deporte nos conquistó y todos presentamos la solicitud de ingreso al club. Yo era el único chileno de ascendencia judía del grupo. A todos les llegó la carta de

aceptación; sin embargo, la mía comenzó a tardar más de la cuenta. Encontré extraña la situación y no se me pasaba por la mente que mi sangre judía podía ser causa de rechazo social. Sobre todo en Chile, un país tan libre de odiosidades. Hasta que un amigo, Orlando Mingo, se acercó y con franqueza me dijo que no me iban a aceptar por ser judío.

Platovsky juzgaba su nueva patria como un país acogedor, una tierra amable; sin embargo, no era la primera vez que un miembro adinerado de la colonia judía chilena sufría un incidente de corte xenófobo. *La Tercera de la Hora* del 26 de febrero de 1952 estampa en su primera página el siguiente titular: «KU KLUX KLAN ANTISEMITA EN ZAPALLAR ATACÓ A MUJERES Y NIÑOS». Pequeño, austero y de difícil acceso, Zapallar se había convertido, ya en la primera mitad del siglo, en un espacio de sociabilidad libre de contaminación externa, del vértigo sicológico que conlleva relacionarse con caras nuevas, cuerpos extraños, modales ajenos, costumbres foráneas. Un «nosotros» que de pronto se enfrentó a las nuevas fortunas amasadas en el comercio y la industria textil de familias con raíces en el Medio Oriente.

La crónica de *La Tercera* denuncia un episodio que terminó con la huida de mujeres y niños judíos frente a gritos y amenazas. Acompaña a la nota una carta al ministro del Interior, firmada por Raúl Papperheim, que denuncia «graves hechos de carácter antidemocrático y de tinte nazi ocurridos en el balneario de Zapallar en las últimas 48 horas». Según detalla el señor Papperheim,

grupos organizados de personas «adultas y responsables» han procedido a colocar rótulos infamantes en las calles (...) numerosas familias han iniciado un éxodo que causa vergüenza a la dignidad y cultura de la República.

El grito de guerra de los antisemitas criollos era «Ni sastres ni judíos. Que los Salomón se vayan a Concón».

Este hecho, sin embargo, no cobró los ribetes de leyenda que tuvo el protagonizado por el dueño de un Cadillac, registrado

por el mismo diario. El viernes 12 de abril de 1963 fue Viernes Santo. El país parecía estar pendiente de los días que quedaban para que el Chacal de Nahueltoro fuera ajusticiado. Ese 12 de abril, *La Tercera de la Hora* informaba a sus lectores sobre la venganza oriental del magnate textil Salomón Sumar. El señor Sumar había decidido pasar unos días en el balneario de Zapallar. Sumar habría llegado con su chofer en un Cadillac demasiado llamativo en comparación con el parque automotriz del tradicional balneario, y se habría alojado en el único hotel del lugar. La reacción de la población nativa fue rápida: el Cadillac amaneció cubierto de desperdicios. Aunque la señal era clara, Sumar no quiso dar parte a Carabineros, pese a la insistencia de su chofer. Planeaba algo mejor que acudir a la Justicia: el desquite.

Regresó al vestíbulo del hotel para hablar con las dueñas, de nacionalidad francesa. Encendiendo su enorme puro, Sumar preguntó: «¿Ustedes venderían este hotel...?». «Bueno..., si la oferta fuera buena —dijeron las propietarias—, nosotros podríamos considerarlo.»

Según consigna la crónica de *La Tercera*, Sumar cerró el trato en 85 millones de pesos, al contado (dice explícitamente pesos, aunque la moneda en la época fueran los escudos). Una vez formalizado el negocio, las antiguas dueñas le preguntaron por el destino que le daría al hotel. El orgulloso millonario respondió: «Lo donaré al sindicato, para que todos los años puedan venir los obreros con sus familias».

Contrariamente a la nota sobre el ataque antisemita de 1952, la crónica sobre Salomón Sumar no atribuía fuente a la información, ni especificaba cuándo habían tenido lugar los acontecimientos. Ni siquiera hubo entrevistas a las dueñas del hotel. En aquella época *La Tercera* era un diario popular; sus fuertes eran el fútbol y la crónica roja, con portadas de crímenes escalofriantes y fotografías de cadáveres ensangrentados. La historia de Sumar pronto se transformaría en un mito, traspasado de generación en generación con algunas variaciones (por lo general los relatos orales hablan de que no fue un Sumar sino un Yarur). En *El sentimiento aristocrático*, el estudio de María Rosaria Stabili, una de

las fuentes describe el incidente situando los acontecimientos en la década de 1950.

Años atrás, otra familia árabe compró una casa en Zapallar. Llegaron en un enorme Cadillac, como de siete metros de largo. Una noche, les rayaron el auto, les quebraron los vidrios, les destruyeron los focos, y les perforaron los neumáticos con clavos. La indignación fue tal, que posteriormente transformó la casa en una residencia de veraneo para obreros de su fábrica (...) Esto sucedió alrededor de los años 50.

A grandes rasgos la historia es la misma. El mito del Cadillac es uno de los más conocidos sobre Zapallar en los círculos de clase alta, y ha sobrevivido exitosamente al paso del tiempo, seguramente porque su desenlace es una venganza perfecta. El problema es que nunca existió un hotel del sindicato de la fábrica Sumar en Zapallar. Al menos nadie recuerda haber visto a operarios paseándose por la pequeña playa del balneario. Dice un zapallarino:

No existió ningún hotel comprado por la familia Sumar. Solo existía un hotel en Zapallar. Era el Gran Hotel y era de una familia francesa. Hace alrededor de treinta años se demolió el Gran Hotel y se edificaron dos o tres casas en el lugar, y nunca alojó ahí el sindicato de la fábrica Sumar. Después del Gran Hotel se edificaron en el sitio de los Porto Seguro seis casas pequeñas que se arrendaban como hotel. Pero hace alrededor de quince años se vendieron y solo hay un hotel, el Isla Seca, que entiendo es de los Aubert Ossandón, antiguos vecinos.

La primera mitad del siglo fue generosa en el comidillo relativo a las maneras de estos nuevos ricos, que habían comenzado como buhoneros y en cosa de décadas llegaban a ser magnates. Sus envidiables logros económicos eran morigerados por los rumores más viperinos sobre sus raras costumbres. Otro de los más conocidos se refiere a una fiesta de quince años que terminaría en desastre. Las hijas de un árabe acaudalado celebraron su fiesta de estreno en sociedad invitando, como se estilaba, a los hijos de las

familias más distinguidas de Santiago. Pero los invitados habrían acudido conjurados para reventarles los ánimos de igualdad a esos «asomados», o advenedizos. El novelista Walter Garib relata en clave el cruel episodio en su novela *El viajero en la alfombra mágica*.

El libro arranca con el esforzado patriarca de la familia Magdalani enfrentándose al descalabro de la celebración fallida. Magdalani había comprado la casona adecuada, en el barrio indicado y a la familia apropiada. Había pujado por las obras de arte que se suponía debían decorar los muros de una casa más que decente, había mandado comprar los libros que se suponía que un hogar educado debía mantener en sus estanterías de alerce. Pero, después de enriquecerse con su esfuerzo y su trabajo para que su familia fuera respetada y aceptada, quienes debían concederles el visado a los círculos más exclusivos habían orinado sobre la alfombra, destrozado las cortinas y los libros, vomitado en el piso y taponado el escusado con ropa de las anfitrionas. Otra versión del mismo hecho puede leerse en *El sentimiento aristocrático*, de María Rosaria Stabili, donde se especifica que la fiesta tuvo lugar en casa de la familia Comandari, en 1957.

Aunque las agresiones directas se habrían morigerado con las décadas, la distancia hacia el nuevo rico árabe sobreviviría al menos hasta los años ochenta, según se desprende de una entrevista concedida por Álvaro Saieh al semanario *The Clinic* en 2006. Allí el dueño de Corpbanca y del diario *La Tercera*, entre otros negocios, habla de la desconfianza que suscitó en el *establishment* chileno el primer gran negocio en el que participó: «Todo el mundo se rió de nosotros».

—¿Siente que había una cuota de racismo?

—Claramente. No tengo ninguna duda de eso. En Chile, incluso hoy, se discrimina por religión, raza, color y origen social. Es uno de los factores más atrasados de nuestra sociedad. En nuestras empresas, el mayor orgullo que tengo es que no discriminamos en ningún sentido a nadie.

—¿Qué fue lo peor que le hicieron?

—Básicamente, la desconfianza en mí y en nuestros socios, lo que limitaba nuestras posibilidades de hacer negocios, pues el negocio bancario es confianza. Por el contrario, los inversionistas y bancos extranjeros nos apoyaron con todo. Y fueron nuestros mejores aliados. Nos fue muy, muy bien, porque si trabajas duro y eres consistente y honrado, te va bien. No me quejo. Cada uno tiene que asumir lo que es. No oculto lo que soy ni de dónde vengo.

The Clinic escogió para titular esta entrevista otra afirmación interesante del importante empresario chileno: «Alguna gente de la Concertación tiene un toque arribista».

A la orilla de la acequia

Por lo que a la elite concernía, el poder seguía estando en la tierra y en la sangre. Y sobre esos pilares se tejían las redes y los códigos secretos, las costumbres misteriosas, los hábitos en clave. El mediopelo nace alejado de ese conocimiento, en el pueblo, en el campo, tratando de escapar apenas se pueda del patrón y de la vida silvestre, de huir del medioevo y entrar en la modernidad. Pero en la sociedad rural no hay clase media, por lo general, y el patrón, el futre, continúa en convivencia estrecha solo con el inquilino y el campesino; gente sencilla, sujeta a las estaciones del año, jugando brisca bajo la luz de la luna, bailando cueca y comiendo empanadas a la orilla de la acequia, con el aroma de los yuyos en flor, con ojotas o descalzos, acurrucándose en la vivienda rural, sin ambiciones.

En las almas simples del campesinado, viviendo en estrecho contacto con la naturaleza, es más probable encontrar la sintonía con lo silvestre que el veneno de la ambición, del refinamiento. Son las ventajas del buen salvaje. El patrón, por lo tanto, continúa imperturbable en su contacto «profundo» con el estado llano. El escritor Benjamín Subercaseaux veía en la sociedad chilena una cierta comunión de espíritus entre el pije y el roto; una

Mapocho 56.

- p. 129. «Mario Rivas cobró cierta celebridad...». Roberto Merino, «Mario Rivas, el retratista de la High Life», *Dossier*, UDP, agosto de 2006.
- p. 132. «El problema con Michael...». Richard Conniff, *Historia natural de los ricos*, Madrid, Taurus, 2002.
- p. 133. María Graham, op. cit.
- p. 135. John Richardson, *Maestros sagrados, sagrados monstruos*, Madrid, Alianza, 2003.
- p. 135. Alberto Blest Gana, *Los trasplantados*, Santiago, Zig-Zag, 1974.
- p. 136. Luis Barros y Ximena Vergara, *El modo de ser aristocrático. El caso de la oligarquía chilena hacia 1900*, Santiago, Ariadna, 2007.
- p. 138. Milan Platovsky, *Sobre vivir*, Santiago, Andrés Bello, 1997.
- p. 142. «Alguna gente de la Concertación tiene un toque arribista», *The Clinic*, 12 de octubre de 2006.
- p. 145. «El siútico o la comedia en serio». En *Contribución a la realidad*, Santiago, Letras, 1939.
- p. 145. «El resto está formado por una zona vaga...». *Noticias del ser chileno*, Santiago, RIL, 1998.
- p. 149. Richard Conniff, op. cit.
- p. 149. Joaquín Edwards Bello, *El marqués de Cuevas*, Santiago, Nascimento, 1974.
- p. 158. «La obra oculta del pintor: El gol de Matta». *El Mercurio*, revista El Sábado, 11 de marzo de 2006.
- p. 161. «La experiencia del buen tono...». Barros y Vergara, op. cit.
- p. 161. Fernando Santiván, *Confesiones*, Santiago, Zig-Zag, 1958.
- p. 164. Revista *Pacífico Magazine*, diciembre de 1913.
- p. 166. William Thackeray, *The book of snobs*; las ediciones españolas están agotadas; disponible en inglés en el Proyecto Gutenberg (gutenberg.org/etext/2686).
- p. 166. Manuel Antonio Carreño, *Manual de Carreño*, Santiago, Zig-Zag, 2000.
- p. 171. «Con mesas de mármol, lámparas de cristal...». Joan DeJean, *The essence of style*, Nueva York, The Free Press, 2005.
- p. 174. INE, *Estadísticas del siglo XX*, 2006.
- p. 176. Inés Echeverría, *Memorias de Iris, 1899-1925*, Santiago, Aguilar, 2005.
- p. 179. «[N]o es de extrañar que llamara la atención...». Diego Araya, op. cit.
- p. 181. «Para fijar una fecha visible...». Hernán Díaz Arrieta, *Pretérito imperfecto. Memorias de un crítico literario*, Santiago, Nascimento, 1976.
- p. 183. *El Diario Ilustrado*, 26 de febrero de 1961.

Siútico

Arribismo, abajismo y vida social en Chile

SIÚTICO ES UN LIBRO SOBRE LA INTOLERANCIA, EL DAÑO Y EL MIEDO. UNA CRÓNICA HISTÓRICA Y ACTUAL SOBRE EL ARRIBISMO, SOBRE LA GALLADA, EL MEDIOPELO, EL ACABALLERADO, EL NEUSIÚTICO GLOBALIZADO Y EL MUNDO MILITAR; SOBRE EL CUICO INTELECTUAL, EL ABAJISTA O EL WANNABE; SOBRE LA CUICA ZAFADA, LA EXCÉNTRICA Y LA ARO-PERLA. UN ENSAYO QUE TRATA DE BUSCARLE UN SENTIDO A LA DIFERENCIA ENTRE DECIR «ANTEOJOS» O DECIR «LENTE», O ENTRE UN «ADIÓS» Y UN «CHAÍTO». A PARTIR DE MATERIALES DIVERSOS (ESTUDIOS ECONÓMICOS Y SOCIALES, PRENSA HISTÓRICA, ENTREVISTAS FRESCAS, LA BIBLIOGRAFÍA DEL MENOSPRECIO, LA OBSERVACIÓN PERSONAL Y EL RUMOR VIL), PROPONE UNA REFLEXIÓN ACERCA DE LA PERTENENCIA Y LA DIFERENCIA SOCIAL EN CHILE, Y DEJA EN EVIDENCIA ALGUNAS DE LAS CURIOSAS FORMAS QUE PUEDE ADOPTAR LA CRUELDAD HUMANA. POR ESO ES A RATOS UN LIBRO FERROZ, PERO QUIZÁS ES QUE TODOS LO SOMOS, VISTOS ASÍ DE CERCA.

